

El libro de la Confianza

Rvdo. P. Thomas de Saint Laurent



Mater mea, fiducia mea.

Capítulo I

¡Confianza!

Nuestro Señor Jesucristo nos convida a la confianza

Voz de Cristo, voz misteriosa de la gracia que resonáis en el silencio de los corazones, Vos murmuráis en el fondo de nuestras conciencias palabras de dulzura y paz. A nuestras miserias presentes repetís el consejo que el Maestro daba frecuentemente durante su vida mortal: “¡Confianza, confianza!”.

Al alma culpable, oprimida bajo el peso de sus faltas, Jesús decía: “*Confía hijo; tus pecados te son perdonados*”¹. “*Confianza*”, decía también a la enferma abandonada que sólo de Él esperaba la curación, “*tu fe te ha sanado*”². Cuando los Apóstoles temblaban de pavor viéndole caminar, por la noche, sobre el lago de Genesaret, Él les tranquilizaba con esta expresión pacificadora: “*Tened confianza, soy Yo, no temáis*”³. Y en la noche de la Cena, conociendo los frutos infinitos de su sacrificio, lanzaba, al partir hacia la muerte, el grito de triunfo: “*¡Confiad! ¡Confiad! ¡Yo he vendido al mundo!*”⁴.

Esta palabra divina, al salir de sus labios adorables, vibrante de ternura y de piedad, obraba en las almas una transformación maravillosa. Un rocío sobrenatural les fecundaba la aridez, rayos de esperanza les disipaban las tinieblas, una tranquila serenidad ahuyentaba de ellas la angustia. Pues las palabras del Señor son “*espíritu y son vida*”⁵. “*Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*”⁶.

Como antaño a sus discípulos, ahora es a nosotros, a quienes nuestro Señor convida a la confianza. ¿Por qué rehusaríamos atender su voz?

Muchas almas tienen miedo de Dios

Pocos cristianos, incluso entre los fervorosos, poseen esta confianza que excluye toda ansiedad y toda duda. Son muchas las causas de esta deficiencia. El Evangelio narra que la pesca milagrosa aterró a San Pedro. Con su impetuosidad habitual, él midió de un solo golpe la distancia infinita que separaba la grandeza del Maestro de su propia pequeñez. Tembló de terror sagrado: “*Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador*”⁷.

Ciertas almas tienen, como el Apóstol, ese terror. Ellas sienten tan vivamente la propia indigencia y las propias miserias, que apenas osan aproximarse a la Divina Santidad. Les parece que un Dios tan puro debería sentir repulsa al inclinarse hacia ellas. Triste impresión, que le da a la vida interior una actitud contrahecha, y, a veces, la paraliza completamente.

¡Cómo se engañan estas almas!

Jesús se acercó enseguida al Apóstol sobrecogido de espanto: “*No temas*”⁸, le dijo, y le hizo levantarse...

¡También vosotros, cristianos, que recibisteis tantas pruebas de su amor, nada temáis! nuestro Señor recela, ante todo, que tengáis miedo de Él. Vuestras imperfecciones, vuestras

flaquezas, vuestras faltas, aun graves, vuestras reincidencias tan frecuentes, nada le desanimará en tanto que deseéis sinceramente convertirlos. Cuanto más miserable sois, más compasión Él tiene de vuestra miseria, más desea cumplir, junto a vosotros, su misión de Salvador.

¿No vino a la tierra sobre todo por los pecadores?⁹.

A otras almas les falta la fe

A otras almas les falta la fe. Ellas tienen seguramente esa fe corriente, sin la cual traicionarían la gracia del bautismo. Creen que nuestro Señor es todopoderoso, bueno y fiel a sus promesas; pero no saben aplicar esta creencia a sus necesidades particulares. No están dominadas por la convicción irresistible de que Dios, atento a sus pruebas, se vuelve hacia ellas, a fin de socorrerlas.

Sin embargo, Jesucristo nos pide esta de especial y concreta. Él la exigía otrora como condición indispensable para sus milagros; y la espera, también de nosotros, antes de concedernos sus beneficios.

*“Si puedes creer, todo es posible al que cree”*¹⁰, decía al padre del niño poseso. Y en el convento de Paray-le-Monial, empleando casi los mismos términos, repetía a Santa Margarita María: *“Si puedes creer, verás el poder de mi Corazón en la magnificencia de mi amor...”*.

¿Podéis creer? ¿Podéis llegar a esa certeza tan fuerte que nada la altera, tan clara que equivale a la evidencia?

Esto es todo. Cuando llegéis a ese grado de confianza, veréis maravillas realizarse en vosotros.

Pedid al Maestro Divino que aumente vuestra fe. Repetidle con frecuencia la oración del Evangelio: *“¡Creo, Señor, ayúdame a mi incredulidad!”*¹¹.

Esta desconfianza de Dios nos es muy perjudicial

La desconfianza, sean cuales fueren sus causas, nos trae perjuicios, privándonos de grandes bienes.

Cuando San Pedro, saltando de la barca, se lanzó al encuentro del Salvador, caminó al principio con firmeza sobre las olas. El viento soplaba con violencia. Las olas ya se levantaban en torbellinos furiosos, y socavaban en el mar abismos profundos. La vorágine se abría delante del Apóstol. Pedro tembló... Dudó un segundo, y luego comenzó a hundirse... *“Hombre de poca fe, le dijo, ¿por qué has dudado?”*¹².

He ahí nuestra historia. En los momentos de fervor nos quedamos tranquilos y recogidos al pie del Maestro. Cuando viene la tempestad, el peligro absorbe nuestra atención. Desviamos entonces las miradas de nuestro Señor para fijarlas ansiosamente sobre nuestros sufrimientos y peligros. Dudamos... y luego ¡caemos! Nos asalta la tentación. El deber se nos hace fastidioso, su austeridad nos repugna, su peso nos oprime. Imaginaciones perturbadoras nos persiguen. La tormenta ruge en la inteligencia, en la sensibilidad, en la carne...

Y no hacemos pie; caemos en el pecado, caemos en el desánimo, más pernicioso aún que la propia culpa. Almas sin confianza, ¿por qué dudamos?

La prueba nos asalta de mil maneras; ya los negocios temporales peligran, el futuro material nos inquieta; ya la maldad nos ataca la reputación, la muerte rompe los lazos de las amistades más legítimas y cariñosas. Entonces, nos olvidamos del cuidado maternal que la Providencia tiene con nosotros... Murmuramos, nos enfadamos, y de este modo aumentamos las dificultades y el efecto doloroso de nuestro infortunio.

Almas sin confianza, ¿por qué dudamos?

Si nos hubiéramos apegado al Divino Maestro con confianza, tanto mayor cuanto más desesperada pareciere la situación, ningún mal nos sobrevendría de ella... Habríamos caminado tranquilamente sobre las olas; habríamos llegado sin tropiezos al golfo tranquilo y seguro, y, en breve habríamos hallado la región hospitalaria que la luz del cielo ilumina...

Los santos lucharon con la misma dificultad... Muchos de ellos cometieron las mismas faltas. Pero éstos, al menos, no dudaron... Se levantaron sin tardanza, más humildes después de la caída, no contando desde entonces sino con los socorros de lo Alto... Conservaron en el corazón la certeza absoluta de que, apoyados en Dios, todo podrían. ¡No fueron engañados en esa confianza!¹³.

Transformaos en almas confiadas. Nuestro Señor os invita a ello; y vuestro interés así lo exige. Os haréis, al mismo tiempo, almas iluminadas, almas de paz.

Objetivo y división de este trabajo

Este trabajo no tiene otro objetivo son el de iniciaron en el conocimiento y práctica de esta virtud. Aquí se expondrá de ella, muy sencillamente, la naturaleza, el objeto, los fundamentos y los efectos.

Lector piadoso, si alguna vez este modesto librito te cayera en las manos, no lo apartes con desdén. El no pretende ni encantos literarios, ni originalidad. Solamente contiene verdades consoladoras, que cogí en los libros inspirados y en los escritos de los santos. He ahí su único mérito.

Intenta leerlo despacio, con atención, con espíritu de oración. Casi diría: ¡medítalo! Déjate penetrar dulcemente por su doctrina. La savia del Evangelio palpita en estas páginas. ¿Habría para las almas mejor alimento que las palabras del Señor?

Que al terminar esta lectura, te puedas confiar totalmente al Maestro adorable, que todo nos dio: ¡los tesoros de su Corazón, el amor, la vida y hasta la última gota de su sangre!

Capítulo II

Naturaleza y cualidades de la confianza

La confianza es una firme esperanza

Con la concisión que trae el cuño de su genio, define Santo Tomás la confianza: “*Una esperanza fortalecida por una sólida convicción*”¹. Palabra profunda que no haremos sino comentar en este capítulo.

Ponderemos atentamente los términos que emplea el Doctor Angélico: “*La confianza —dice él— es una esperanza*”. No una esperanza ordinaria, común a todos los fieles; un calificativo precioso la distingue: es “*una esperanza fortalecida*”. No obstante, nótese bien: no hay diferencia de naturaleza, sino solamente de grado de intensidad.

Los albores inciertos de la aurora, así como el esplendor del sol en el cénit, forman parte del mismo día. Así, la confianza y la esperanza pertenecen a la misma virtud: una no es más que el desarrollo completo de la otra.

La esperanza común se pierde por la desesperación: sin embargo, puede tolerar cierta inquietud... Con todo, cuando alcanza esa perfección que hace cambiar su nombre por el de “confianza”, entonces se le hace más delicada la susceptibilidad. Y no soporta la vacilación por breve que se imagine. La menor duda la rebajaría y la haría volver al nivel de la simple esperanza.

El Profeta Real escogía exactamente las expresiones, cuando llamaba a la confianza “*una superesperanza*”². Aquí se trata realmente de una virtud llevada al máximo de intensidad.

Y el Padre Saint-Jure, autor espiritual de los más estimados del siglo XVII, veía justamente en ella una esperanza “*extraordinaria y heroica*”³.

Ella es fortalecida por la fe

Llevemos más lejos este estudio.

¿Qué fuerza soberana vigoriza la esperanza hasta el punto de hacerla constante a los asaltos de la adversidad?... ¡La fe!

El alma que confía guarda en la memoria las promesas del Padre celestial; las medita profundamente. Sabe que Dios no puede faltar a la palabra, y de ahí su imperturbable certeza. Si el peligro la amenaza, la envuelve, incluso, la domina, ella conserva siempre la serenidad. A pesar de la inminencia del riesgo, repite la palabra del Salmista: “*El Señor es mi luz y mi salvación... ¿a quién temer? El Señor protege mi vida... ¿quién me hará temblar?*”⁴.

Existe entre la fe y la confianza relaciones estrechas, lazos íntimos de parentesco. Empleando la expresión de un teólogo moderno, se debe encontrar en la fe “la causa y la raíz”⁵ de la confianza. Ahora bien, cuanto más penetra la raíz en la tierra, más savia nutritiva saca de ella; más vigoroso crecerá el tronco; más opulenta será la floración. Así, nuestra confianza se desarrolla en la medida en que profundiza en nosotros la fe.

Los Libros Sagrados reconocen la relación que une esas dos virtudes. ¿No son designadas por el mismo vocablo “fides”, una y otra, bajo la pluma de los escritores sagrados?

La confianza es inquebrantable

Las consideraciones precedentes habrán parecido, tal vez, demasiado abstractas. Sin embargo, era necesario que nos apoyásemos en ellas. De ellas deduciremos las cualidades de la verdadera confianza.

La confianza, escribe el Padre Saint-Just, es *“firme, estable y constante en grado tan eminente que nada en el mundo puede, no digo ya derrumbarla, sino perturbarla siquiera”*⁶.

Imaginad los extremos más angustiosos en el orden temporal, las dificultades insuperables en apariencia, en el orden espiritual: nada de eso alterará la paz del alma confiada... Catástrofes imprevistas podrán amontonar alrededor de ella las ruinas de su felicidad; esa alma, más dueña de sí que el sabio antiguo, continuará calma: *“Impavidum ferient ruine”*⁷.

Se volverá sencillamente hacia nuestro Señor: en Él se apoyará con certeza tanto mayor cuanto más privada se sienta del auxilio humano. Rezará con ardor más vibrante, y, en las tinieblas de la probación continuará su camino, esperando en silencio la hora de Dios.

Una confianza así es poco frecuente, sin duda; pero si no alcanza ese mínimo de perfección, entonces, no merece el nombre de confianza.

Además, se encuentran ejemplos sublimes de esa virtud en las Escrituras y en la vida de los santos. Herido en la fortuna, en la familia y en la misma carne, Job, reducido a la última indigencia, yacía sobre un muladar. Los amigos, su mujer, le aumentaban el dolor por la crueldad de sus palabras. Entretanto, él no se dejaba abatir; ninguna murmuración se mezclaba a sus gemidos. Le sostenían los pensamientos de la fe. *“Aunque el mismo Señor me quitase la vida —decía— esperaré en Él”*⁸.

Confianza admirable que Dios recompensó magníficamente. La prueba cesó; Job recuperó la salud, ganó de nuevo fortuna considerable, y tuvo una existencia más próspera que antes.

En uno de sus viajes, San Martín cayó en las manos de salteadores. Los bandidos le despojaron; iban a matarlo cruelmente, cuando, de repente, tocados por la gracia del arrepentimiento, o llevados por un pavor misterioso, le soltaron contra toda esperanza. Se le preguntó más tarde al ilustre obispo si, en ese riesgo inminente, no había sentido algún miedo. *“Ninguno —respondió— yo sabía que la intervención divina era tanto más segura cuanto más improbables eran los socorros humanos”*.

La mayoría de los cristianos no imitan, desgraciadamente, estos ejemplos. Nunca se aproximan tan poco a Dios como en el tiempo de la prueba. Muchos no dan este grito de socorro que Dios espera para venir en su auxilio. ¡Funesta negligencia! *“La Providencia —decía fray Luis de Granada— quiere dar solución, ella misma, a las dificultades extraordinarias de la vida, mientras que deja a las causas segundas el cuidado de resolver las dificultades ordinarias”*⁹. Pero es necesario pedir el auxilio divino. Esta ayuda Dios nos la da con gusto. *“Lejos de ser incómoda al alma que saca la leche, la criatura, por el contrario, le trae alivio”*¹⁰.

Otros cristianos en las horas difíciles, rezan con fervor, pero sin constancia. Si son atendidos rápidamente, entonces, pasan de una esperanza exaltada a un abatimiento disparatado. No conocen los caminos de la gracia. Dios nos trata como niños: Se hace el sordo, a veces, por el placer que siente de oírnos invocarle... ¿Por qué desanimarse tan deprisa, cuando convendría, por el contrario, rogar con mayor insistencia?...

Esta es la doctrina enseñada por San Francisco de Sales: *“La Providencia sólo aplaza su socorro para provocar nuestra confianza”*. *“Si nuestro Padre celestial no concede siempre lo que pedimos, es para retenernos a sus pies y darnos ocasión de insistir con amorosa violencia junto a Él, como claramente mostró a los dos discípulos de Emaús, con los cuales sólo se detuvo al final del día y, aun así, forzado por ellos”*¹¹.

No cuenta sino con Dios

Firmeza inquebrantable es, pues, la primera característica de la confianza.

La segunda cualidad de esta virtud es aún más perfecta. *“Lleva al hombre a no contar con el auxilio de las criaturas; ya se trate de auxilio sacado de sí mismo, de su espíritu, de su ciencia, de su criterio, de sus aptitudes, de las mismas riquezas, crédito, amigos, parientes o cualquiera otra cosa suya, ya se trate de socorros que acaso pueda esperar de otros: Reyes, Príncipes y de cualquier criatura en general; porque siente y conoce la flaqueza y vanidad de todo amparo humano. Los considera lo que son realmente, y como Santa Teresa tenía razón de llamarlos ramas secas de ginebra que se rompen al ser cargadas”*¹².

Pero esta teoría, dirán, ¿no procederá de un falso misticismo?... ¿No conducirá al fatalismo o, por lo menos, a una peligrosa pasividad? ¿A qué viene multiplicar los esfuerzos en el intento de vencer las dificultades, si todos los apoyos tienen que romperse en nuestras manos? ¡Crucémonos de brazos, esperando la divina intervención!...

No. Dios no quiere que nos adormezcamos en la inercia; Él exige que le imitemos. Su perfecta actividad no tiene límite: Él es el acto puro.

Debemos, pues, actuar; pero sólo de Él debemos esperar la eficacia de nuestra acción: *“Ayúdate que el cielo te ayudará”*.

He aquí la economía del plano providencial.

¡Preparémonos para la lucha! Trabajemos con ahínco, pero con espíritu y corazón vueltos hacia lo alto. *“Vano es que os levantéis antes del día”*¹³, dice la Escritura, si el Señor no os ayuda, nada conseguiréis.

En efecto, nuestra impotencia es radical: *“Sin Mí, nada podéis”*¹⁴, dice el Salvador.

En el orden sobrenatural, esa impotencia es absoluta. Atended bien a la enseñanza de los teólogos.

Sin la gracia, el hombre no puede observar por mucho tiempo y en su totalidad lo mandamientos de Dios. Sin la gracia, no puede resistir a todas las tentaciones, a veces tan violentas, que lo asaltan.

Sin la gracia, no podemos tener un buen pensamiento, hacer incluso la más corta oración; sin ella, ni siquiera podemos invocar con piedad el nombre de Jesús.

Todo lo que hacemos en el orden sobrenatural nos viene únicamente de Dios¹⁵. En el orden natural incluso, es también Dios quien nos da la victoria.

San Pedro había trabajado la noche entera; era resistente en la faena; conocía a fondo los secretos de su oficio tan duro. No obstante, en vano había recorrido las olas mansas del lago. ¡No había pescado nada! Sin embargo, recibe al Maestro en la barca; lanza la red en nombre del Salvador; consigue enseguida una pesca milagrosa y las mallas de la red se rompen, tal es el número de peces...

Siguiendo el ejemplo de Apóstol, lancemos la red, con paciencia incansable; pero sólo de nuestro Señor esperemos la pesca milagrosa.

“En todo lo que hicieris —decía San Ignacio de Loyola— he aquí la regla de las reglas a seguir: confiad en Dios, actuando, no obstante, como si el éxito de cada acción dependiese de vos y nada de Dios; pero, empleando así vuestros esfuerzos para ese buen resultado, no contéis con ellos, y proceded como si todo fuese hecho sólo por Dios y nada por vos”¹⁶.

Se regocija incluso con la privación de socorros humanos

No desanimarse cuando se disipa el espejismo de las esperanzas humanas... No contar sino con el auxilio del cielo, ¿no será ya altísima virtud?...

El ala vigorosa de la verdadera confianza se lanza, sin embargo, hacia regiones más sublimes aún. A ella se llega por una especie de requinte de heroísmo; alcanza, entonces, el grado más alto de perfección.

Ese grado consiste en que el alma se regocije cuando se ve abandonada de todo apoyo humano, abandonada de parientes, de amigos, de todas las criaturas que no quieren o no pueden socorrerla; que no pueden darle consejo ni servirle con su talento o su crédito; cuando le faltan todos los medios de ser auxiliada...¹⁷. ¡Qué sabiduría profunda demuestra semejante alegría en circunstancias tan crueles!

Para poder entonar el cántico de Aleluya bajo golpes que, naturalmente, deberían romper nuestra energía, es preciso conocer a fondo el Corazón de nuestro Señor; es preciso creer ciegameamente en su piedad misericordiosa y en su bondad omnipotente; es preciso tener la absoluta seguridad de que Él recoge, para su intervención, la hora de las situaciones desesperadas...

Después de convertido, San Francisco de Asís despreció los sueños de gloria que antes lo habían deslumbrado. Huía de las reuniones mundanas, se retiraba al bosque para, allí, entregarse a la oración; daba limosnas generosamente... Este cambio desagradó a su padre, que arrastró a su hijo a la autoridad diocesana, acusándolo de disiparle los bienes. Entonces, en presencia del obispo maravillado, Francisco renuncia a la herencia paterna; deja incluso las ropas que le venían de la familia; ¡se despoja de todo!... y, vibrando de una felicidad sobrehumana, exclama: “¡Oh, Dios mío! ¡Ahora sí, podré llamaros con más verdad que nunca: Padre nuestro que estás en los cielos!”.

He aquí cómo actúan los santos.

Almas heridas por el infortunio, no murmuréis en el abandono a que os halléis reducidas. Dios no os pide una alegría sensible, imposible a nuestra flaqueza. Solamente, reanimad vuestra fe, tened valor y, según la expresión usada por San Francisco de Sales, “en la fina punta del alma”, esforzaos por tener alegría.

La Providencia acaba de daros la señal cierta por la cual se conoce su hora: Ella os privó de todo apoyo. Es el momento de resistir a la inquietud de la naturaleza. Llegasteis al punto del oficio interior en que se debe cantar el Magnificar y quemar el incienso: *“¡Alegraos siempre en el Señor! De nuevo os digo, ¡alegraos! ¡El Señor está próximo!”*¹⁸.

Seguid este consejo y acabaréis bien. Si el Maestro Divino no se dejase tocar con tan grande confianza, no sería Aquel que los Evangelios nos muestran tan compasivo, Aquel a quien la visión de nuestros sufrimientos hacía enternecer su dolorosa emoción.

Nuestro Señor decía a un alma privilegiada: *“Si soy bueno para todos, soy muy bueno para los que confían en mí. ¿Sabes cuáles son las almas que más aprovechan mi bondad? Son las que más esperan. ¡Las almas confiadas roban mis gracias!”*¹⁹.

Capítulo III

La confianza en Dios y las necesidades temporales

Dios provee nuestras necesidades temporales

La confianza, ya lo hemos dicho, es una esperanza heroica; no difiere de la esperanza común a todos los fieles sino por el grado de su perfección.

Ella es, pues, ejercida sobre los mismos objetos que aquella virtud, pero por medio de actos más intensos y vibrantes.

Con la esperanza ordinaria, la confianza espera del Padre celestial todos los socorros que son necesarios para vivir santamente aquí en la tierra y merecer la bienaventuranza del paraíso.

Ella espera, primeramente, los bienes temporales en la medida que éstos nos pueden conducir al fin último.

Nada más lógico: no podemos ir a la conquista del cielo a la manera de los puros espíritus; somos compuestos de cuerpo y alma. Este cuerpo que el Creador formó con sus manos adorables es el compañero de nuestra suerte eterna, después de la resurrección general. No podemos prescindir de su asistencia en la lucha por la conquista de la vida bienaventurada.

Ahora bien, para sostenerse, para cumplir plenamente sus tareas, el cuerpo tiene muchas exigencias. Esas exigencias, es necesario que la Providencia las satisfaga; y Ella lo hace magníficamente.

Dios se encarga de proveer nuestras necesidades... y cuida de ellas generosamente. Nos sigue con su mirada vigilante y no nos deja en la indigencia. En medio de las dificultades materiales, aunque sean angustiantes, no debemos perturbarnos. Con plena seguridad, esperemos de las manos divinas lo que es necesario para el sostenimiento de nuestra vida.

"Yo os digo —declara el Salvador— no os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Qué ¿no vale más la vida o el alma que el alimento, y el cuerpo que el vestido?"

"Mirad cómo las aves del cielo, no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?"

"¿Quién de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su estatura un solo codo?"

"Y, del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Pues Yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe!"

"Así que no os preocupéis diciendo: ¿Qué comeremos?, ¿qué beberemos? O ¿qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad.

"Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas las cosas se os darán por añadidura"¹.

No basta pasar los ojos por encima de este sermón de nuestro Señor. Es necesario que fijemos en él despacio nuestra atención, para buscar su significación más profunda y compenetrarnos del bien de su doctrina.

Él lo hace según la situación de cada uno

¿Debemos tomar esas palabras al pie de la letra y comprenderlas en su sentido más estricto? ¿Nos dará Dios lo estrictamente necesario: el trozo de pan seco, el vaso de agua, el pedazo de tela que nuestra miseria necesita urgentemente? No, el Padre celestial no trata a los hijos con avarienta parsimonia. Pensar así, sería blasfemar contra la divina bondad; sería, por así decirlo, desconocer sus hábitos. En el ejercicio de la providencia, como en su obra creadora, Dios usa, en efecto, de gran prodigalidad.

Cuando lanza los mundos a través de los espacios, saca de la nada millares de astros. En la Vía Láctea, esa inmensa región de las noches luminosas, ¿cada grano de arena no es un mundo?

Cuando alimenta a los pájaros, los convida a la opulenta mesa de la naturaleza. Les ofrece el trigo que llena las espigas, los granos de todas las especies que maduran en las plantas, los frutos que el otoño dora en los bosques, las semillas que el labrador echa en los surcos del arado. ¡Qué lista variada hasta el infinito para la alimentación de esos humildes animales!

Cuando crea las plantas, ¡con qué gracia adorna sus flores! Les labra la corola como si fuesen joyas preciosas; echa en sus cálices deliciosos perfumes, les teje los pétalos de una seda tan brillante y delicada, que los artificios de la industria nunca les igualarán en belleza.

Y, sin embargo, tratándose del hombre, su obra maestra, el hermano adoptivo de su Verbo encarnado, ¿no habrá Dios de mostrarse de una generosidad aún mayor?...

Consideremos, pues, como verdad indiscutible que la Providencia provee abundantemente las necesidades temporales del hombre.

Sin duda, habrá siempre en la tierra ricos y pobres. Mientras unos viven en la abundancia, otros deben trabajar y observar una sabia economía. El Padre celestial, sin embargo, suministra a todos medios para vivir con cierto bienestar, según la condición en que los colocó.

Volvamos a la comparación que emplea Jesús. Dios vistió a lirio espléndidamente, pero esta vestidura blanca y perfumada era reclamada por la naturaleza del lirio. Más modestamente fue tratada la violeta; Dios le dio, sin embargo, lo que convenía a su naturaleza particular. Y esas dos flores se abren dulcemente al sol, sin que nada les falte.

Así hace Dios con los hombres. Colocó a unos en las clases más altas de la sociedad, puso a otros en condiciones menos brillantes, sin embargo, a unos y a otros da lo necesario para mantener dignamente su posición.

Se podría hacer aquí una objeción, a respecto de la inestabilidad de las condiciones sociales. En la crisis presente, ¿no será más fácil decaer que elevarse, o incluso mantenerse en el mismo nivel social?

Sin duda. Pero la Providencia proporciona exactamente el auxilio a las necesidades de cada uno: para los grandes males manda los grandes remedios. Lo que las catástrofes económicas nos quitan podemos readquirirlo con nuestra industria o trabajo. En los casos menos frecuentes en que la propia actividad se ve del todo reducida a la imposibilidad, tenemos, entonces, el derecho de esperar de Dios una intervención excepcional.

Generalmente, por lo menos así pienso yo, Dios no hace decaídos. Él quiere, por el contrario, que nos desenvolvamos, que subamos, que crezcamos con prudencia. Dios, a veces, permite una decadencia de nivel social, no la quiere sino por una voluntad posterior a la acción de nuestro libre albedrío. Lo más frecuente es que provenga tal decadencia de faltas nuestras, personales o hereditarias. Es generalmente consecuencia natural de la pereza, la prodigalidad, de diversas pasiones.

Aun así el hombre, incluso el decaído, puede levantarse y, con el auxilio de la Providencia, reconquistar, por sus esfuerzos, la situación perdida.

No debemos inquietarnos con el futuro

Dios provee nuestras necesidades.

“No os inquietéis”, dice el Señor.

¿Cuál será el sentido exacto de ese consejo?

¿Debemos, para obedecer la dirección del Maestro, desatender completamente los negocios temporales?...

No dudamos que la gracia pida, a veces, a ciertas almas, el sacrificio de una pobreza estricta y de un total abandono a la Providencia. Es notable, sin embargo, lo poco frecuentes que son esas vocaciones. Las demás comunidades religiosas o individuos, poseen bienes; deben administrarlos prudentemente

El Espíritu Santo alaba a la mujer fuerte que supo gobernar bien su casa. Él nos la muestra, en el Libro de los Proverbios, despertando, muy temprano para distribuir a los criados la tarea cotidiana y trabajando también con sus propias manos. Nada escapa a su vigilancia. Los suyos nada tienen que temer; encontrarán todos, gracias a su previsión, lo necesario, lo agradable, e incluso, cierto lujo moderado. Sus hijos la proclaman bienaventurada, y su marido le exalta las virtudes².

La Verdad no habría alabado tan clamorosamente a esa mujer, si ella no hubiese cumplido su deber.

Toca, pues, no afligirse; aunque ocupándose razonablemente de sus quehaceres, no dejarse dominar por la angustia de sombrías perspectivas futuras y contar, sin vacilaciones, con el socorro de la Providencia.

¡Nada de ilusiones!... Una confianza así pide gran fuerza de alma. Hemos de evitar un doble escollo: la falta y la demasía. Aquel que, por negligencia, se desinteresa de sus obligaciones y de sus negocios no puede, sin tentar a Dios, esperar un auxilio excepcional. Aquel que da a las preocupaciones materiales el primer lugar de sus reflexiones, aquel que cuenta más consigo que con Dios, se engaña aún más crasamente; así roba al altísimo el lugar que le cabe en nuestra vida.

“In medio stat virtus”: entre esos extremos se encuentra el deber.

Si nos ocupamos prudentemente de nuestros intereses, la aflicción por el futuro será por desconocimiento y menosprecio del poder y de la bondad de Dios.

En los muchos años que San Pablo, el Ermitaño, vivió en el desierto, un cuervo le traía, cada día, medio pan. Ahora bien, sucedió que San Antonio vino a visitar al ilustre solitario. Conversaron largamente los dos santos, olvidados en sus piadosas meditaciones de la necesidad del alimento. Pensaba en ellos, sin embargo, la Providencia; el cuervo vino, como de costumbre, pero trayendo esta vez ¡un pan entero!

El Padre celestial creó todo el Universo con una sola palabra; ¿podría acaso serle difícil socorrer a sus hijos en la hora de la necesidad?

San Camilo de Lellis se había endeudado para cuidar de los enfermos pobres. Los religiosos se alarmaban: *¿Por qué dudar de la Providencia?*, les tranquilizaba el santo. *¿Será difícil a nuestro Señor darnos un poco de esos bienes con los que colmó a los judíos y a los turcos, enemigos unos y otros de nuestra fe?*³. La confianza de Camilo no fue defraudada; un mes después, uno de sus protectores le legaba, al morir, una suma considerable.

Afligirse con el futuro es desconfianza que ofende a Dios y provoca su cólera.

Cuando los hebreos, huyendo de Egipto, se vieron perdidos en las arenas del desierto, se olvidaron de los milagros que Jehová había hecho en su favor... Tuvieron miedo, murmuraron... *“¿Podrá Dios preparar mesa en el desierto?” “¿Podrá también darnos pan y preparar en el desierto carne a su pueblo?”*. Esas palabras irritaron al Señor. Lanzó contra ellos el fuego del cielo. Su cólera cayó sobre Israel, *“porque no creían en Dios y no confiaban en su salvación”*⁴.

Nada de aflicciones inútiles: el Padre vela por nosotros.

Procurar siempre en primer lugar el reino de Dios y su justicia

“Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todas las cosas se os darán por añadidura”.

Así fue cómo el Salvador concluyó el discurso sobre la Providencia. Conclusión consoladora, que encierra una promesa condicional; de nosotros depende el ser beneficiados por ella.

El Señor se ocupa tanto más de nuestros intereses, cuanto más nosotros nos preocupamos con los suyos.

Conviene parar para meditar las palabras del Maestro.

Se presenta entonces una cuestión: ¿Dónde se encuentra ese reino de Dios, que debemos buscar antes que todo lo demás?

“Dentro de vosotros”⁵, responde el Evangelio.

“Regnum Dei intra vos est”.

Buscar el Reino de Dios es, pues, levantarle un trono en el alma; es someternos enteramente a su dominio soberano. Conservemos todas nuestras facultades bajo el cetro misericordioso del altísimo. Acuérdense nuestra inteligencia de su constante presencia, confórmese nuestra voluntad adorable, vuele nuestro corazón hacia Él con frecuencia, en actos de caridad ardiente y sincera. Habremos practicado, entonces, esa “justicia” que, en el lenguaje de la Escritura, significa la perfección de la vida interior.

Habremos seguido entonces, puntualmente, el consejo del Maestro: habremos buscado el reino de Dios.

“Y todas las cosas se os darán por añadidura”.

Hay aquí una especie de contrato bilateral: de nuestro lado trabajamos para la gloria del Padre celestial; de su lado, el Padre se compromete a proveer nuestras necesidades.

Echad, pues, todas vuestras preocupaciones en el Corazón Divino; cumplid el contrato que Él os propone; Él cumplirá la palabra dada; velará sobre vosotros y *“os sostendrá”⁶*.

“Piensa en Mí —dice el Salvador a Santa Catalina de Siena— y Yo pensaré en ti”. Y siglo más tarde, en el Monasterio de Paray-le-Monial, prometía a Santa Margarita, para aquellos que fuesen particularmente devotos del Sagrado Corazón, el éxito en sus empresas.

¡Feliz el cristiano que se ajusta bien a esa máxima del Evangelio! Él busca a Dios y Dios le cuida los intereses con su omnipotencia: ¿Qué le podrá faltar?⁷

Practica las sólidas virtudes interiores, y evita así todo desorden: las faltas, los vicios, que son las causas más comunes de los fracasos y las ruinas.

Rezar por las necesidades temporales

La confianza, como acabamos de describirla, no nos desobliga de la oración. En las necesidades temporales, no basta esperar los socorros de Dios; es menester además pedírselos.

Jesucristo nos dejó en el Padrenuestro el modelo perfecto de la oración; ahí Él nos hace pedir el “pan de cada día”: *“Panem nostrum quotidianum da nobis hodie”.*

Con respecto a ese deber de la oración ¿no habrá frecuentemente negligencia nuestra? ¡Qué imprudencia y qué locura!... Nos privamos así, por liviandad, de la protección de Dios, la única soberanamente eficaz. Los capuchinos, dice la leyenda, nunca murieron de hambre, porque recitan siempre piadosamente el Padrenuestro.

Imitémoslos, y el altísimo no dejará que nos falte lo necesario.

Pidamos, pues, el pan cotidiano.

Es una obligación que nos impone la fe y la caridad para con nosotros mismos.

¿Podremos, no obstante, elevar nuestras pretensiones y pedir también la riqueza? Nada se opone a eso, toda vez que esa oración se inspire en motivos sobrenaturales y quedemos bien sumisos a la voluntad de Dios. El Señor no prohíbe la expresión de nuestros deseos; por el contrario, nos quiere muy filiales para con Él. No esperemos, sin embargo, que Él se incline a nuestras fantasías; la propia bondad divina se opone a ello. Dios sabe lo que nos conviene. Sólo nos concederá los bienes de la tierra, si ellos pueden servir para nuestra santificación.

Entreguémonos completamente a la dirección de la Providencia, y digamos la oración del Sabio: *“No me des ni pobreza ni riquezas; dame solamente lo necesario para vivir. No sea que, hartos, te niegue, y diga: ¿quién es el Señor? O que necesitado, robe y profane el nombre de Dios”*⁸.

Capítulo IV

La confianza en Dios y nuestras necesidades espirituales

La misericordia de nuestro Señor con los pecadores

La Providencia, que alimenta al pequeño pájaro en las ramas, cuida de nuestro cuerpo. ¿Qué es, sin embargo, este cuerpo de miseria? Una criatura frágil, un condenado a muerte y destinado a los gusanos.

En la loca carrera de la vida, todos pensamos caminar para los negocios o para los placeres...; cada paso dado nos aproxima al fin; arrastramos, nosotros mismos, nuestro cadáver a la tumba.

Si Dios se ocupa así de cuerpos perecederos, ¿con qué solicitud no velará por las almas inmortales? Les prepara tesoros de gracias, cuya riqueza sobrepasa a todo lo que podemos imaginar; les manda socorros superabundantes para su santificación y salvación.

Esos medios de santificación, que la fe pone a nuestra disposición, no serán estudiados aquí.

Quiero hablar sencillamente a las almas inquietas, que se encuentran en todas partes. Enseñarles con el Evangelio en la mano, la inconsistencia de sus temores. Ni la gravedad de sus faltas, ni la multiplicidad de sus reincidencias en el error las debe abatir.

Por el contrario, cuanto más sientan el peso de la propia miseria, tanto más deberán apoyarse en Dios. ¡No pierdan la confianza!... Sea cual fuere el horror de su estado, aunque hayan llevado durante mucho tiempo una vida desarreglada, con el socorro de la gracia podrán convertirse y elevarse a una alta perfección.

La misericordia de nuestro Señor es infinita: nada la cansa, ni siquiera las faltas que nos parecen a nosotros las más degradantes y criminales.

Durante su vida mortal, el Maestro acogía a los pecadores con una bondad verdaderamente divina; nunca les rehusó el perdón.

Llevada por el ardor de su arrepentimiento, sin preocuparse con las convenciones mundanas, María Magdalena entra en la sala del banquete. Se postra a los pies de Jesús, los inunda de lágrimas. Simón, el fariseo, contempla esa escena con aire irónico; se indigna íntimamente. “*Si este hombre fuese profeta —piensa— bien sabría lo que vale esa mujer. La expulsaría con desprecio...*”. Pero el Salvador no la rechaza. Le acepta los suspiros, el llanto, todas las señales sensibles de la humilde contrición. La purifica de sus pecados y la colma de dones sobrenaturales. Y el Corazón Sagrado desborda de una alegría inmensa, mientras que en lo alto, en el reino de su Padre, los ángeles se regocijan y le alaban; un alma estaba perdida y hela aquí recuperada; esa alma estaba muerta, y hela de nuevo restituida a la verdadera vida.

El Maestro no se contenta en recibir con dulzura a los pobres pecadores; llega hasta el punto de asumir su defensa. Y ¿no es ésa, pues, su misión? ¿No se constituyó Él en nuestro abogado?¹.

Le trajeron un día a su presencia a una desgraciada, sorprendida en flagrante acto de su pecado. La dura Ley de Moisés la condena formalmente; la culpable debe morir en el lento suplicio de la lapidación. Los escribas y fariseos, sin embargo, esperan impacientes la sentencia del Salvador. Si perdona, los enemigos le censurarán por despreciar las tradiciones de Israel. ¿Qué hará Él?...

Una sola palabra saldrá de sus labios; y esta palabra bastará para confundir a los orgullosos fariseos y salvar a la pecadora: *“El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la primera piedra”*².

Respuesta llena de sabiduría y misericordia. Oyéndola, esos hombres arrogantes enrojecen de vergüenza. Se retiran confusos, unos después de otros; los viejos son los primeros en huir...

“...hasta que dejaron solos a Jesús y a la mujer...”.

Jesús le preguntó: *“¿Dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: “Ninguno, Señor” ... Y Jesús prosigue: “¡Pues yo tampoco te condenaré! ¡Anda y no peques más en adelante!”*³.

Cuando vienen a Él los pecadores, Jesús se lanza a su encuentro. Como el padre del pródigo, espera la vuelta del ingrato. Como el buen pastor, busca la oveja perdida; y, cuando la encuentra, la lleva sobre los hombros divinos y la restituye ensangrentada al redil.

¡Oh! Él no le abrirá más las heridas; las tratará como el buen samaritano, con el vino y el óleo simbólicos. Derramará sobre sus llagas el bálsamo de la penitencia; y, para glorificarla, le hará beber de su cáliz eucarístico.

Almas culpables, no tengáis miedo del Salvador; fue especialmente para vosotras que Él descendió a la tierra. No renovéis nunca el grito de la desesperación de Caín: *“Mi maldad es tan grande, que no puedo yo esperar perdón”*⁴. ¡Eso sería desconocer el Corazón de Jesús!...

Jesús purificó a la Magdalena y perdonó la triple negación de Pedro; abrió el cielo para el buen ladrón. En verdad, os aseguro; si Judas hubiese ido a Él después del crimen, nuestro Señor lo habría acogido con misericordia. ¿Cómo, pues, no os perdonará también?

La gracia pueda santificarnos en un instante

¡Abismo de humana flaqueza, tiranía de los malos hábitos! Cuántos cristianos reciben en el tribunal de la penitencia la absolución de sus faltas; es sincera en ellos la contrición, enérgicas son sus resoluciones... y caen de nuevo en los mismos pecados, a veces graves; ¡el número de sus caídas crece sin cesar! ¿No tendrán, entonces, sobradas razones de desánimo?...

Que la evidencia de la propia miseria nos mantenga en la humildad, nada más justo; que nos haga perder la confianza, será una catástrofe, más peligrosa que tantas recaídas en el error.

El alma que cae debe levantarse inmediatamente. No debe cesar de implorar la piedad del Señor. ¿No sabéis que Dios tiene sus horas y puede en un instante elevarnos a la más sublime santidad?

¿Acaso no había llevado María Magdalena una vida criminal? La gracia, sin embargo, la transformó inmediatamente. Sin transición, de pecadora se volvió gran santa. Ahora bien, la acción de Dios no se redujo en su alcance. Lo que hizo para otros podrá hacer para nosotros. No dudéis: la oración confiada y perseverante obtendrá la curación completa de vuestra alma.

No aleguéis que el tiempo pasa y que tal vez ya toca al término vuestra vida.

Nuestro Señor esperó la agonía del buen ladrón para atraerlo victoriosamente a sí. ¡En un solo minuto ese hombre tan culpable se convirtió! Su fe y su amor fueron tan grandes que, a pesar de sus grandes crímenes, ni siquiera pasó por el purgatorio; ocupa para siempre un lugar elevado en los cielos.

¡Nada, pues, altere en vosotros la confianza! Aunque estéis en lo más profundo del abismo, llamad sin tregua al cielo. Dios acabará respondiendo a vuestro llamamiento y en vosotros operará su justicia.

Dios nos concede todos los socorros necesarios para la santificación y la salvación de nuestra alma

Ciertas almas angustiadas dudan de su propia salvación. Se acuerdan demasiado de las faltas pasadas; piensan en las tentaciones tan violentas que, a veces, nos asaltan a todos; olvidan la bondad misericordiosa de Dios. Esa angustia se puede convertir en una verdadera tentación de desesperación.

De joven, San Francisco de Sales conoció una prueba de esas: temblaba de no ser un predestinado al cielo. Pasó varios meses en ese martirio interior. Una oración heroica le libertó: el Santo se postró delante de un altar de María; suplicó a la Virgen que le enseñase a amar a su Hijo con una caridad tanto más ardiente sobre la tierra, cuanto él temía no poder amarle en la eternidad.

En esa clase de sufrimientos, hay una verdadera fe que nos debe consolar inmensamente. Sólo nos perdemos por el pecado mortal.

Ahora bien, siempre podemos evitarlo, y, cuando tuviéramos la desgracia de cometerlo, siempre nos podremos reconciliar con Dios. Un acto de contrición sincera, hecho prontamente, sin demora, nos purificará, mientras esperamos la confesión obligatoria, que conviene se haga sin tardanza.

Ciertamente, la pobre voluntad humana debe desconfiar de su flaqueza. Pero el Salvador nunca nos rehúsa las gracias de que carecemos. Además, Él hará todo lo posible para ayudarnos en la empresa, soberanamente importante, de nuestra salvación.

Es la gran verdad que Jesús escribió con su sangre y que vamos ahora a releer juntos en la historia de su Pasión.

¿Habéis reflexionado ya algún día cómo pudieron los judíos apoderarse de nuestro Señor? ¿Creéis, por casualidad, que lo consiguieran por la astucia o por la fuerza? ¿Podéis imaginar que, en la gran tormenta, Jesús fue vencido, porque era el más débil?

Seguramente no. Los enemigos nada podían contra Él. Más de una vez, en los tres años de sus predicaciones, habían intentado matarlo. En Nazaret, querían echarlo a un precipicio; otras veces, prepararon piedras para lapidarlo. Siempre, sin embargo, la sabiduría divina deshizo los planes de esa impía cólera; la fuerza soberana de Dios les retuvo el brazo; y Jesús se alejó siempre tranquilamente, sin que nadie hubiese conseguido hacerle el menor mal.

En Getseman, al decir Él simplemente su nombre a los soldados del templo, venidos para apoderarse de su sagrada persona, todos caen por tierra, llevados por un extraño pavor. Los soldados sólo se pudieron levantar con el permiso que Él les dio.

Si fue pres, si fue crucificado, si fue inmolado, es porque así lo quiso, en la plenitud de su libertad y de su amor por nosotros: "*Oblatus est quia ipse voluit*"⁵.

Si el Maestro derramó, sin dudar, toda la sangre por nosotros, ¿cómo podría rehusarnos gracias que nos son absolutamente necesarias y que Él mismo nos las mereció con sus dolores.

Esas gracias, Jesús las ofreció misericordiosamente a las almas más culpables durante la dolorosa pasión. Dos apóstoles habían cometido un crimen enorme: a ambos ofreció el perdón.

Judas le traiciona y le da un beso hipócrita. Jesús le habla con tierna dulzura; le llama amigo; procura a fuerza de caridad tocar ese corazón endurecido por la avaricia. "*Amigo, ¿a qué has venido? – ¡Judas! ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?...*"⁶. Esta es la última gracia del Maestro al ingrato.

Gracia de tal fuerza, que jamás le mediremos bien la intensidad. Judas, sin embargo, la rechaza: se pierde, porque formalmente así lo prefiere.

Pedro se creía muy fuerte... Había jurado acompañar al Maestro hasta la muerte, y le abandona, cuando le ve en manos de los soldados. Entonces, sólo le sigue de lejos. Entra temblando en el patio del palacio del Sumo Sacerdote. Por tres veces niega a su Señor, porque teme las burlas de una criada. Canta el gallo... Jesús se vuelve y fija sobre el apóstol los ojos llenos de misericordia y dulces censuras. Se cruzan las miradas... Era la gracia, una gracia fulminante que esa mirada llevaba a Pedro. El apóstol no la rechazó: salió inmediatamente y lloró su falta con amargura.

Así, tanto como a Judas y a Pedro, Jesús nos ofrece siempre gracias de arrepentimiento y conversión. Podemos aceptarlas o rechazarlas. ¡Somos libres! A nosotros nos toca decidir entre el bien y el mal, entre el cielo y el infierno. La salvación está en nuestras manos.

El Salvador no sólo nos ofrece sus gracias, sino que hace más: intercede por nosotros junto al Padre celestial. Le recuerda los dolores sufridos por nuestra Redención. Toma nuestra defensa ante Él; disculpa nuestras faltas: "*Padre mío, —exclama en la angustia de la agonía— ¡Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen!*"⁷.

El Maestro, durante la Pasión, tenía tal deseo de salvarnos, que no cesaba un instante de pensar en nosotros.

En el Calvario dirige su última mirada a los pecadores; pronuncia en favor del buen ladrón una de sus últimas palabras. Extiende largamente los brazos en la Cruz para señalar con qué amor acoge todo arrepentimiento en su Corazón amantísimo.

La vista del crucifijo debe reanimarnos la confianza

Si alguna vez, en las luchas íntimas, sintiereis flaquear la confianza, medita los pasajes del Evangelio que os acabo de indicar.

Contemplad esa cruz ignominiosa, sobre la cual expira vuestro Dios. Mirad su pobre cabeza coronada de espinas, que inclina inerte sobre el pecho; considerad los ojos vidriosos, la faz lívida donde se coagula la preciosa sangre. Mirad los pies y las manos traspasados, el cuerpo malherido. Fijaos sobre todo en el Corazón amantísimo que acaba de ser abierto por la lanza del soldado: de él corren unas pocas gotas de agua ensangrentada... ¡Nos dio todo!... ¿Cómo será posible desconfiar de ese Salvador?

Así, pues, Él espera de vosotros retribución de afecto. En nombre de su amor, en nombre de su martirio, en nombre de su muerte, tomad la resolución de evitar, de ahora en adelante, el pecado mortal.

La flaqueza es grande, bien lo sé, pero Él os ayudará. A pesar de toda la buena voluntad, tendréis tal vez caídas y recaídas en el mal, pero el Señor es misericordioso. Sólo pide que no os dejéis adormecer en el pecado, que luchéis contra los malos hábitos.

Prometedme confesaros pronto y nunca pasar la noche teniendo sobre la conciencia un pecado mortal.

¡Felices vosotros, si mantuviereis valerosamente esa resolución!... Jesús no habrá derramado en vano, por vosotros, su preciosa sangre.

Tranquilizaos en cuanto a vuestras disposiciones íntimas. Tendréis así el derecho de afrontar con serenidad el angustioso problema de la predestinación: llevaréis sobre la frente la señal de los elegidos.

Capítulo V

Razones de confianza en Dios

La Encarnación del Verbo

El sabio construye la casa sobre la roca: ni las aguas, ni las lluvias, ni las tempestades la podrán echar por tierra. Para que el edificio de nuestra confianza resista todas las pruebas, es preciso que se levante sobre bases inalterables.

“¿Queréis saber —dice San Francisco de Sales— qué fundamento debe tener nuestra confianza? Debe basarse en la infinita bondad de Dios, y en los méritos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, con esta condición de nuestra parte: la firme y total resolución de ser enteramente de Dios y de abandonarnos completamente y sin reservas a su Providencia”¹.

Las razones de la esperanza son demasiado numerosas para que podamos citarlas todas. Examinaremos aquí solamente las que nos son proporcionadas por la Encarnación del Verbo y por la persona sagrada del Salvador. Además, Cristo es en verdad la piedra angular² sobre la cual debe apoyarse principalmente nuestra vida interior.

¡Qué confianza nos inspiraría el misterio de la Encarnación, si nos esforzáramos en estudiarlo no superficialmente!...

¿Quién es esa criatura que llora en el Pesebre? ¿Quién es ese adolescente que trabaja en el taller de Nazaret, ese predicador que entusiasma a las multitudes, ese taumaturgo que hace prodigios sin cuenta, esa víctima inocente que muere en la Cruz?

Es el Hijo del Altísimo, eterno y Dios como el Padre... Es el Emanuel desde hace mucho esperado; es aquel que el profeta llama “*el admirable, el Dios fuerte, el príncipe de la paz*”³.

Pero Jesús —frecuentemente nos olvidamos de esto— es nuestra propiedad. En todo el rigor del término, Él nos pertenece; es nuestro; tenemos sobre Él derechos imprescriptibles, pues el Padre celestial nos lo dio. Así lo dice la Escritura: El Hijo de Dios nos ha sido dado⁴.

Y San Juan, en su Evangelio, también dice: “*Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo*”⁵.

Ahora bien, si Cristo nos pertenece, los infinitos méritos de sus trabajos, de sus sufrimientos y de su muerte nos pertenecen también. Siendo así, ¿cómo podríamos perder el valor? Entregándonos al Hijo, el Padre del cielo nos dio la plenitud de todos los bienes. Sepamos explotar plenamente es precioso tesoro.

Dirijámonos, pues a los cielos con santa audacia; y en nombre de ese Redentor, que es nuestro, imploremos, sin dudar las gracias que deseamos. Pidamos las bendiciones temporales y, sobre todo, el socorro de la gracia; para nuestra patria, solicitemos paz y prosperidad; para la Iglesia, calma y libertad.

Esa oración será ciertamente atendida.

Actuando así, ¿no hacemos un negocio con Dios? A cambio de los bienes deseados, le ofrecemos su propio Hijo unigénito. Y en esa transacción, Dios no puede ser engañado: le daremos infinitamente más de lo que recibimos de Él.

Si hacemos, pues, esta oración con la fe que mueve montañas, será de tal manera eficaz que obtendrá, incluso, los prodigios más extraordinarios.

El poder de nuestro Señor

El Verbo encarnado, que se nos dio, posee un poder sin límites.

Aparece en el Evangelio como el supremo Señor de la tierra, de los demonios y de la vida sobrenatural; todo está sometido a su dominio soberano.

Aún existe en ese poder del Salvador, otro motivo segurísimo de confianza. Nada puede impedir a nuestro Señor el socorrernos y protegernos.

Jesús domina las fuerzas de la naturaleza.

En los comienzos de su ministerio apostólico, asiste a las Bodas de Caná. Durante el banquete, faltó el vino. ¡Qué humillación para la pobre gente que había convidado al Maestro con su Madre y los discípulos! La Virgen María se dio cuenta en seguida del contratiempo; Ella es siempre la primera en darse cuenta de nuestras necesidades y en aliviarlas. Echa al Hijo una mirada de súplica; le hace en voz baja un corto pedido. María conoce su poder y su amor. ¡Y Jesús, que nada sabe rehusarle, transforma el agua en vino!... Este fue su primer milagro.

En otra ocasión, una tarde, para evitar la multitud que le asalta y comprime, el Maestro atraviesa en barca con los discípulos el lago de Genezaret. Mientras navegan, se levanta un huracán, se desata la tempestad, las grandes olas crecen y se deshacen ruidosamente. El agua inunda la toldilla; la embarcación se va a hundir. Él, fatigado de la dura faena, duerme a popa, la divina cabeza apoyada sobre el cordaje. Los discípulos aterrorizados le despiertan gritando: “¡Señor, Señor, sálvanos que perecemos!...”⁶. Entonces el Salvador se levanta; habla al viento; dice al mar enfurecido: ¡Silencio, cálmate! Instantáneamente todo se calmó. Los testigos de esa escena se preguntan con asombro: “¿Quién es este que hasta los vientos y el mar le obedecen?”.

Jesús cura a los enfermos.

Muchos ciegos se acercan a tientas hasta Él; claman ante Él su infortunio: “¡Hijo de David, ten compasión de nosotros!”⁷. El Maestro les toca los ojos, y ese divino contacto los abre a la luz.

Le traen a un sordomudo, pidiéndole que le imponga las manos. El Salvador atiende a ese deseo, y la boca del hombre habla y sus oídos oyen.

Un día, encuentra en el camino a diez leprosos. El leproso es un exiliado de la sociedad humana; le rechazan de las aglomeraciones; se evita su trato por miedo del contagio; todos se alejan con horror de su podredumbre... Los diez leprosos ni osan acercarse a nuestro Señor... Quedan lejos. Pero, reuniendo las pocas fuerzas dejadas por la molestia, gritan a distancia: “¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!” ... Jesús que debía ser en la cruz el gran leproso, que

debía ser en la eucaristía el abandonado, se conmueve con esa miseria: *“Id y mostraos a los sacerdotes”*⁸, les dice.

Y mientras los infelices caminan para ejecutar las órdenes del Maestro... ¡se sienten curados!

Jesús resucita a los muertos.

Son tres los que Él hace volver a la vida. Y, también, por el más maravilloso de los prodigios, después de morir en las ignominias del Gólgota, después de haber sido depositado en el sepulcro. Él se resucita a sí mismo en la madrugada del tercer día.

Así nos resucitará a nosotros en el fin de los tiempos.

Nuestros queridos, nuestros muertos, Él nos los restituirá transformados, pero siempre semejantes a lo que fueron. Así enjugará nuestras lágrimas por toda la eternidad. Entonces, no habrá más llanto, ni ausencia, ni luto, porque habrá terminado la era de nuestra miseria.

Jesús domina el infierno.

Durante los tres años de su vida pública, Él se encuentra, a veces, con posesos. Habla a los demonios con una autoridad soberana; les da órdenes imperiosas, y los demonios huyen a su voz, ¡confesándole la divinidad!...

Jesús es el Señor de la vida sobrenatural.

Resucita almas muertas y les restituye la gracia perdida. Y para probar que tiene, realmente, ese poder divino, cura a un paralítico.

*“¿Qué es más fácil? —pregunta a los escribas que le cercan— ¿qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decir: levántate, toma tu camilla y anda? Pues, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad sobre la tierra para perdonar los pecados (dijo al paralítico): Yo te lo digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa”*⁹.

Sería bueno meditar detenidamente sobre el estupendo poder de Jesucristo. Cuando se trata de poner ese poder al servicio de su amor por nosotros, el Maestro nunca duda.

Su bondad

La verdad es que nuestro Señor es adorablemente bueno: su Corazón no puede ver sufrir, ni sangrar. Esa piedad le hace operar algunos de sus mayores milagros espontáneamente, e incluso antes de haber recibido cualquier súplica.

La multitud le sigue a través de las montañas desiertas de Palestina; durante tres días, se olvida, para oírle, de la necesidad de comer y de beber. Llama, sin embargo, el Maestro a los apóstoles: *“Me da compasión esta multitud de gentes —les dice— y si les envío a sus casas en ayunas desfallecerán en el camino”*¹⁰. Y multiplica los pocos panes que les quedaban a los discípulos.

Otra vez, Él se dirige a la pequeña ciudad de Naín, escoltado por una multitud. Casi al llegar a las puertas, encuentra un cortejo fúnebre. Era un joven al que llevaban para la última morada: hijo único de una pobre viuda. No esperando nada más de la vida, con profundo

desaliento, seguía la triste mujer el cuerpo de su hijo. A la vista de ese dolor mudo, se compadeció vivamente el Maestro. Se llenó de misericordia por la pobre madre afligida y le dijo: “¡No llores más!”. Y, acercándose a las parihuelas donde yacía el cadáver, devolvió el joven vivo a su madre.

Almas heridas por las pruebas; conciencias turbadas por la duda, o, tal vez, por el remordimiento; corazones torturados por la traición o por la muerte; vosotros que sufrís, ¿creéis acaso, que Jesús no tiene piedad de vuestros dolores?... Eso sería no comprender su inmenso amor. Él conoce nuestras miserias; Él las ve, y su Corazón se compadece de ellas. Él lanza por vosotros, hoy, su grito de compasión; y es a vosotros a quien Él repite, como a la viuda de Naín: “¡No llores más, Yo soy la Resignación, Yo soy la Paz, Yo soy la Resurrección y la Vida”!

Esa confianza, que naturalmente nos debería inspirar la divina bondad, nuestro Señor nos la reclama explícitamente. Hace de ella la condición esencial de sus beneplácitos. Les vemos, en el Evangelio, exigir actos formales de esa confianza antes de obrar ciertos milagros.

¿Por qué Él, siempre tan tierno, se muestra tan duro en apariencia con la cananea, que le pide la curación de su hija? La rechaza varias veces; pero nada la desanima. Ella multiplica sus súplicas; nada disminuye su confianza inmovible. Eso era precisamente lo que pretendía Jesús: “¡Mujer —exclama con alegre admiración— grande es tu fe!”. Y añade: “Hágase conforme tú lo deseas”¹².

“*Fiat tibi sicut vis*”. La confianza obtiene la realización de nuestros deseos: es nuestro Señor, Él mismo, quien lo afirma.

¡Extraña aberración de la inteligencia humana! Creemos en los milagros del Evangelio, puesto que somos católicos convencidos; creemos que Cristo no perdió nada de su poder subiendo a los cielos; creemos en su bondad, probada en toda su vida... ¡Y, sin embargo, no sabemos abandonarnos confiadamente a Él!

¡Qué mal conocemos al Corazón de Jesús! Nos obstinamos en juzgarlo por nuestros débiles corazones; realmente parece que queremos reducir su inmensidad a nuestras mezquinas proporciones. Nos cuesta admitir es increíble misericordia para con los pecadores, porque somos vengativos y lentos en perdonar. Comparamos su infinita ternura con nuestros pequeños afectos... Nada podemos comprender de ese fuego devorador que hacía de su Corazón un inmenso brasero de amor, de esa santa pasión por los hombres que le dominaba completamente, de esa caridad infinita que le llevó de las humillaciones del pesebre al sacrificio del Gólgota.

Infelizmente, no podemos decir con el apóstol San Juan, en la plenitud de nuestra fe: ¡Creemos, Señor, en vuestro amor! *Credidimus caritati*¹³.

Divino Maestro, de ahora en adelante, queremos abandonarnos enteramente a vuestra amorosa dirección. Os confiamos el cuidado de nuestro futuro material. Ignoramos lo que nos reserva ese futuro, sombrío y lleno de amenazas. Pero nos abandonamos a las manos de vuestra Providencia.

Confiamos nuestros pesares a vuestro Corazón. Son a veces muy crueles. Pero vos estáis con nosotros para suavizarlos.

Confiamos a vuestra misericordia nuestras miserias morales. La flaqueza humana nos hace temer todos os desfallecimientos. Pero vos, Señor, nos habéis de amparar y preservar de grandes caídas.

Como el apóstol preferido que descansó la cabeza sobre vuestro pecho, así descansaremos nosotros sobre vuestro divino Corazón; y, según la palabra del salmista, ahí dormiremos con deliciosa paz, porque estaremos —¡oh Jesús!— confirmados por vos en una confianza inalterable.

Capítulo VI

Frutos de la confianza

La confianza glorifica a Dios

El mejor elogio que se puede hacer de la confianza consiste en mostrar sus frutos: éste será el asunto del presente capítulo, el último.

Ojalá puedan las consideraciones siguientes dar valor a las almas inquietas y hacerles vencer su pusilanimidad, enseñándoles a practicar perfectamente esa preciosa virtud.

La confianza no crece en las esferas más modestas de las virtudes morales; ella se eleva de un salto hasta el trono del Eterno, hasta el propio Corazón del Padre celestial. Rinde un excelente homenaje a sus perfecciones infinitas: a la bondad, porque sólo de Él espera el auxilio necesario; a poder, porque desprecia cualquier otra fuerza que no sea la suya; a la ciencia, porque reconoce la sabiduría de su intervención soberana; a la fidelidad, porque cuenta sin vacilaciones con la Palabra divina.

Participa, pues, esa virtud, al mismo tiempo, del loor y de la adoración.

Ahora bien, en las diversas manifestaciones de vida religiosa, ningún acto es más elevado que éstos; son los actos sublimes en que ocupan, en el cielo, los espíritus bienaventurados. Los serafines velan la faz con las alas en presencia del Altísimo y los coros angélicos le repiten, ensimismados, su triple aclamación.

La confianza resume, en una luminosa y dulcísima síntesis, las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Por eso el profeta, ofuscado por el brillo de esa virtud, se siente incapaz de contener la admiración y exclama con entusiasmo: *“¡Bienaventurados el varón que tiene puesta en el Señor su confianza!”*¹.

Al contrario, el alma sin confianza ultraja al Señor. Duda de su providencia, de su bondad y de su amor. Va a buscar el amparo de las criaturas; incluso llega a veces, en nuestros días, a entregarse a prácticas supersticiosas. La infeliz se apoya sobre columnas frágiles, que se derrumbarán bajo su peso y la herirán cruelmente.

Y Dios se irrita con tal ofensa.

El segundo Libro de los Reyes cuenta que Ocasías, enfermo, mandó consultar a los sacerdotes de los ídolos. Dios se encolerizó; encargó al profeta Elías de transmitir terribles amenazas al soberano: *“¿Acaso no hay Dios en Israel, para que envíes a consultar a Belcebú, dios de Acarón? Por lo mismo, pues, de la cama en que te acostaste no te levantarás, sino que morirás sin remedio”*².

El cristiano que duda de la bondad divina, y restringe sus esperanzas a las criaturas, ¿no merecerá la misma censura? ¿No se expone al justo castigo? ¿No vela acaso la providencia sobre él, para que le sea necesario dirigirse localmente a seres débiles y flacos, incapaces de venir en su auxilio?

Atrae sobre las almas favores excepcionales

“No perdáis, pues, vuestra confianza —dice el apóstol San Pablo— que tiene una gran recompensa”³.

Esa virtud, en efecto, da tanta gloria a Dios, que atrae necesariamente sobre las almas favores excepcionales.

El Señor, varias veces, declaró en las Escrituras con qué generosa magnificencia trata a los corazones confiadas.

“Ya que ha esperado en Mí, Yo le libraré; Yo le protegeré porque reconoció mi nombre. Me invocará y Yo le escucharé. Estaré con él en la tribulación; le libertaré y le glorificaré”⁴.

¡Qué promesas pacificadoras en boca de Aquel que castiga toda palabra inútil y condena la más ligera exageración!

Así, pues, y según el testimonio de la propia Verdad, la confianza aparta de nosotros todos los males.

“Porque has hecho del Altísimo tu baluarte, no llegará a ti el mal, ni plaga alguna se acercará a tu tienda. Pues Él ha mandado a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos; ellos te llevarán sobre sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra. Andarás sobre áspides y víboras, hollarás los leones y dragones”⁵.

De entre los males de que nos preserva la confianza, está en primer lugar el pecado. Porque no hay nada más de acuerdo con la naturaleza de las cosas. El ama que confía conoce su nada, como el de todas las criaturas; por eso, no cuenta consigo misma ni con los hombres, y pone en Dios toda su esperanza. Desconfía de la propia miseria; practica, por tanto, la verdadera humildad.

Ahora bien, como sabéis, el orgullo es la fuente de todas nuestras faltas⁶ y el principio de la ruina⁷. El Señor se aparta del soberbio; le abandona a su flaqueza y le deja caer. La caída de San Pedro es un terrible ejemplo de ello.

En los designios misericordiosos de su sabiduría, Dios permitirá tal vez que la prueba asalte durante algún tiempo al alma confiada: nada, sin embargo, la hará temblar; estará inmóvil y firme *“como el monte Sión”⁸*. Conservará la alegría en el fondo del corazón⁹, y a pesar del rugido de la tormenta, dormirá tranquila como el niño en los brazos del padre¹⁰. Se dejará llevar hasta el final de su jornada, pues Dios salva *“a los que en Él esperan”¹¹*.

Estos son, sin embargo, beneficios puramente negativos.

Dios colma de beneficios positivos al hombre confiado en Él. Oíd con qué hermosa poesía el profeta expone esa verdad: *“Bienaventurado el varón que tiene puesta en el Señor su confianza y cuya esperanza es el Señor. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, el cual extiende hacia la humedad sus raíces, y no temerá cuando venta el estío. Y estarán verdes sus hojas, ni le hará mella la sequia, ni jamás dejará de producir fruto”¹²*.

Para resaltar, por impresionante contraste, la paz radiante de ese cuadro, contemplad la suerte lamentable de aquel que cuenta con las criaturas: *“¡Maldito sea el hombre que confía en*

el hombre, y se apoya en un brazo de carne, y aparta de Señor su corazón. Porque será semejante a los juníperos del desierto... permanecerá en la sequedad del desierto, en un terreno salobre y inhabitable!...

La oración confiada obtiene todo

Finalmente, y como una de las mayores prerrogativas, la confianza siempre será atendida. Nunca estará demás repetirlo: la oración confiada obtiene todo. Con insistencia muy acentuada, la Escritura nos recomienda reanimar nuestra fe, antes de presentar a Dios nuestras súplicas. *“Todo cuanto pidierais en la oración, si tenéis fe, lo alcanzaréis”*¹⁴, declara el Maestro. El apóstol Santiago usa el mismo lenguaje; quiere que pidamos *“con fe, sin sombra de duda”*¹⁵. Aquel que duda, se parece a la ola inconstante del mar; con esa disposición de alma inútilmente esperará ser oído.

Ahora bien, ¿de qué fe tratan los textos precedentes? No es de la fe habitual, que el bautismo infunde en las almas; sino de una confianza especial, que nos hace esperar firmemente la intervención de la providencia en ciertas circunstancias. Es lo que dice claramente nuestro Señor en el Evangelio: *“Todas cuantas cosas pidierais en la oración, tened fe de conseguirlas, y se os concederán”*¹⁶. El Maestro no podía hablar más claramente de la confianza.

Podemos tener fe viva y dudar, sin embargo, que Dios quiera acoger favorablemente esta o aquella petición nuestra. ¿Acaso tenemos la seguridad, por ejemplo, de que el objeto de nuestro deseo conviene al bien verdadero de nuestra vida? Dudamos pues. Y esta simple duda, hace notar un teólogo, disminuye la eficacia de la oración¹⁷.

En todas ocasiones, por el contrario, la seguridad interior se fortifica hasta el punto de rechazar completamente cualquier duda o vacilación. Estamos tan seguros de ser atendidos, que nos parece tener ya en la mano la gracia solicitada. *“En atención a una confianza tan perfecta —escribe el P. Pesh— Dios nos concede gracias que, sin esto, no nos habría dado”*. En efecto, el bien no reunía las condiciones suficientes para que Dios, en virtud de sus promesas, se obligase a dánslo. Por otro lado, casi siempre esa íntima seguridad interior es obra de la gracia en nosotros.

*“Por eso —concluye el autor— una singular confianza en obtener esta o aquella bendición, es una especie de promesa especial que Dios nos hace concedérsela”*¹⁹.

Una palabra de Santo Tomás resumirá esta corta digresión: *“La oración —dice el doctor angélico— toma su merecimiento de la caridad; pero su eficacia impetratoria le viene de la fe y de la confianza”*²⁰.

Ejemplos de los santos

Los santos rezaban con esa confianza, y por eso Dios les mostraba su liberalidad infinita.

El abad Sisois, según la vida de los Padres, rezaba un día uno de sus discípulos a quien la violencia de la tentación había abatido. *“Queráis o no —decía a Dios— no os dejaré antes de que le halláis curado”*²¹. Y el alma del pobre hermano recobró la gracia y la serenidad²¹.

Nuestro Señor se dignó revelar a Santa Gertrudis que su confianza hacia tal violencia al Corazón divino, que se sentía forzado a favorecerla en todo. Y añadió que, obrando así, satisfacía las exigencias de su bondad y de su amor por ella. Una amiga de la santa rezaba desde hacía algún tiempo sin obtener nada. El Salvador le dijo: *“Retuve la concesión de lo que me pides, porque no confías en mi bondad como mi fiel Gertrudis. A ella nunca e rehusé nada de lo que me pidió”*²².

Finalmente, he ahí, según el testimonio del bienaventurado Raymundo de Capua, su confesor, cómo rezaba Santa Catalina de Siena. *“Señor —decía— no me apartaré de vuestros pies, de vuestra presencia, mientras no os dignéis hacer lo que os pido”*. *“Señor —continuaba— yo quiero que me prometáis la vida eterna para todos los que amo”*. Luego, con una audacia admirable, extendía la mano hacia el tabernáculo: *“¡Señor —añadía— poned vuestra mano en la mía! ¡Sí! ¡Dadme una prueba de que me daréis lo que os pido!...”*.

Que esos ejemplos nos animen a recogerlos en el fondo del alma; examinemos un poco la conciencia. Con un piadoso autor, dirijamos a nosotros mismos la siguiente pregunta: *“¿Hemos puesto en nuestras oraciones una confianza total, un poco de ese absolutismo de niño que pide a la madre el objeto que desea? ¿El absolutismo de los pobres mendigos, que nos persiguen, y que, a fuerza de importunar, consiguen ser atendidos? ¿Sobre todo, el absolutismo, al mismo tiempo tan respetuoso y tan confiado de los santos en sus súplicas?”*²³.

Conclusión del trabajo

Una conclusión resulta naturalmente, imperiosa, de este corto estudio.

Almas cristianas, empeñad todos los medios a vuestro alcance para adquirir la confianza. Meditad mucho sobre el poder infinito de Dios, sobre su inmenso amor, sobre la inviolable fidelidad con que Él cumple sus promesas, sobre la Pasión de nuestro Señor Jesucristo. No quedéis, sin embargo, indefinidamente, paradas a la expectativa. De la reflexión, pasad a la acción. Haced frecuentemente actos de confianza; que cada acción vuestra os sirva de ocasión para renovarlos. Y es, sobre todo, en las horas de dificultad y de prueba cuando los debéis multiplicar. Repetid con frecuencia la invocación tan conmovedora: *“Corazón de Jesús, ¡en vos confío!”*. Nuestro Señor decía a un alma privilegiada: *“Es suficiente esta pequeña oración: En vos confío, para encantarme el Corazón, porque en ella se comprende la confianza, la fe, el amor y la humildad”*²⁴.

No temáis exagerar la práctica de esta virtud.

*“No se debe nunca temer, en el supuesto, todavía, de una vida buena, no se debe nunca temer el ejercitar demasiado la virtud de la confianza. Pues así como Dios, en razón de su infinita veracidad, merece un crédito de alguna manera infinito, así también, en razón de su poder, de su bondad, de la infalibilidad de sus promesas —perfecciones estas que no son menos infinitas que su veracidad— Él merece confianza ilimitada”*²⁵.

No ahorréis esfuerzos. Los frutos de la confianza son tan precisos que vale la pena hacer cualquier sacrificio por alcanzarlos.

Y si un día viniereis a quejaron de no haber obtenido las maravillosas ventajas esperadas, yo os responderé con San Juan Crisóstomo: *“Decís: esperé y no fui escuchado. ¡Extrañas palabras! ¡No blasfeméis de las Escrituras! No fuisteis escuchado porque no confiasteis como convenía; porque no esperasteis el fin de la prueba; porque fuisteis pusilánimes. La confianza consiste, sobre todo, en levantar el ánimo en el sufrimiento y en el peligro y elevar el corazón hacia Dios”*²⁶.

Notas

Capítulo I

1. Condidi, fili, remittuntur tibi peccata tua. *Mt. IX, 2.*
2. Confidi, filia, fides tua te salvam fecit. *Mat. IX, 22.*
3. Confiditi, ego sum, nolite timere. *Mc. VI, 50.*
4. Confiditi, ego vici mundum. *Jn. XXVI, 33.*
5. Verba quae ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt. *Jn. VI, 64.*
6. Beati qui auditi verbum Dei et custodiunt illud. *Lc. II, 28.*
7. Exi a me, quia homo peccator sum, Domine. *Lc. V, 8.*
8. Nolite timere. *Lc. V, 10.*
9. Non enim veni vocare justos sed peccatores. *Mc. II, 17.*
10. Si credere potes, omniaabilia sunt credenti. *Mc. IX, 23.*
11. Credo, Domine; adjuva incredulitatem meam. *Mc. IX, 23.*
12. Modifica fidei, quare dubitasti? *Mt. XIV, 31.*
13. Spes autem non confundit. *Rom. V, 5.*

Capítulo II

1. Est enim fiducia spes roborata ex aliqua firma opinione. *S. Th. IIa. IIae., q. 129, art. 6, ad 3.*
2. In verba tua supersperavi. *Sal. CXVIII, 147.*
3. *Saint-Jure: De la connaissance et de l'amour de J.C., t. III, p. 3.*
4. Dominus illuminatio mea et salus mea; quem timebo? Dominus protector vitae meae; a quo trepidabo? *Sal. XXVI, 1.*
5. Itaque quatenus fides est causa et radix hujus fiduciae, potest accipi fides pro fiducia causaliter, ut quando S. Jacobus ait; Postulet in fide nihil haesitans (I, 6). Ibi enim et aliis similibus locis fides aut simpliciter ponitur pro fiducia aut intelligitur quidem fides dogmatica, sed in quantum roborat spem – *Pesch, Praelectiones dogmaticae, t. VII, p. 51, nota 2.*
6. *Saint-Jure: De la connaissance et de l'amour de J.C., t. III, p. 3.*
7. *Horacio, oda 3 del libro III.*
8. Etiam si occiderit me, in ipso sperabo. *Job. XIII, 15.*
9. *Luis de Granada: 1º Sermón para el segundo domingo después de Epifanía.*
10. *Idem.*

11. *Pequeños Bolandistas, t. XIV, p. 542.*
12. *Saint-Jure: De la connaissance et de l'amour de J.C., t. III, p. 3.*
13. *Vanum est bobis ante lucem surgere. Sal. CXXVI, 2.*
14. *Sine me nihil potestis facere. Jn. XV, 5.*
15. *Sufficiencia nostra ex Deo est. II Cor. III, 5.*
16. *P. Xavier de Franciosi: L'Esprit de Saint Ignace, p. 5.*
17. *Saint-Jure: De la connaissance et de l'amour de J.C., t. III, p. 4.*
18. *Gaudete in Domino Semper: iterum dico, gaudete... Dominus prope est. Fip. IV, 4 y 5.*
19. *Irma Benigna Consola Ferrero, págs. 95 y 96. Tip. Rondil, Lyon – Esta vida apareció en 1920, con el imprimatur del arzobispo y las declaraciones prescritas por los decretos del Urbano VIII.*

Capítulo III

1. Ideo dico vobis, ne solliciti animae vestrae quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Nonne anima plus est quam esca, et corpus plus quam vestimentum?

Respicite volatilia caeli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea, et Pater vester caelestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis?

Et de vestimento quid solliciti estis? Considerate Lilia agri quomodo crescunt: non laborant neque nent. Dico autem vobis quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem faenum agri, quod hodie est et cras in clibanum mittitur, Deus sic vestit: quanto magis vos, Modicae fidei!

Nolite ergo solliciti esse, dicentes: Qui manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Haec enim Omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester quia his ómnibus indigetis.

Quaerie ergo primum regnum Dei et justitiam ejus, et haec, omnia adjicientur vobis. *Mt. VI, 26-26 y 28-33.*

2. *Prov. XXXI, 10-28.*

3. *Pequeños Bolandistas, t. VIII, 18 de julio.*

4. Nunquid poterit Deus parare mensam in deserto?... Numquid et panem poterit dare aut mensam parare populo suo? Et ignis accensus, est in Jacob, et ira ascendit in Israel, quia non crediderunt in Deo, nec speraverunt in salutari ejus. *Sal. LXXVII, 19-22.*

5. *Lc. XVII, 21.*

6. *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet. Sal. LIV, 23.*

7. *Dominum regit me, et nihil deerit. Sal. XXII, 1.*

8. *Mendicatatem et divitias ne dederis mihi: tribue tantum victui meo necessaria: ne forte satiates illiciar ad negandum, et dicam: Quis est Dominus? Aut egestate compulsus furer, et perjurem nomen Dei mei. Prov. XXX, 8 y 9.*

Capítulo IV

1. Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum christum justum. *I Jn. II, 1.*
2. Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat. *Jn., VIII, 7.*
3. Et remansit solus Jesus, et mulier in medio stans.
Erigens autem se Jesus, dixit ei: Mulier, ubi sunt qui te accusabant? Nemo te condemnavit?
Quae dixit: Nemo, Domine, Dixit autem Jesus: Nec ego te condemnabo; vade, et jam amplius noli peccare. *Jn. VIII, 9-11.*
4. Major est iniquitas mea quam ut veniam merear. *Gen. IV, 13.*
5. *Is. LIII, 7.*
6. Amice, ad quid venisti? *Mt. XXVI, 50.* — Juda, osculo Filium hominis tradis? *Lc. XXII, 48.*
7. Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. *Lc. XXIII, 34.*

Capítulo V

1. Les vrais entretiens spirituels. *Ed. de Annecy, t. VI, p. 30.*
2. *Act. IV, 11.*
3. Admirabilis... Deus fortis... Princeps pacis. *Is. IX, 6.*
4. Filius datus est nobis, *Is. IX, 6.*
5. Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. Sic enim. *Jn. III, 16.*
6. Domine, salva no, perimus, *Mt. VIII, 25.*
7. Miserere nostri, fili David. *Mt. IX, 27.*
8. *Lc. XVII, 13-14.*
9. Quid est facilius dicere paralytico: Dimittuntur tibi peccata, en dicere: Surge, tolle grabatum tuum, et ambula? Ut autem scialis quia Filius hominis habet potestatem in terra dimittendi peccata (ait paralytico): Tibi dico, surge, tolle grabatum tuum et vade in domum tuam. *Mc. II, 9-11.*
10. Misereor super turbam. *Mc. VIII, 2.*
11. Noli flere. *Lc. VII, 13.*
12. O mulier, magna est fides tua. Fiat tibi sicut vis. *Mt. XV, 28.*
13. *I Jn. IV, 16.*

Capítulo VI

1. Benedictus vir qui confidit in Domino. *Jer. XVII, 7.*
2. Numquid qui non erat Deus in Israel, mittis ut consulatur Beelzebub deus Accaron? Idcirco de lecture super quem ascendisti non descendes, sed morte morieris. *IV Re. I, 6.*

3. Nolite amittere confidentiam vestram, quae magnam habet remunerationem. *Heb. X, 35.*
4. Quoniam in me speravit liberabo eum: protegam eum quoniam cognovits nomen meum. Clamabit ad me et ego exaudiam eum; cum ipso sum in tribulation, eripiam eum et glorificabo eum. *Sal. XC, 14 y 15.*
5. Quoniam,, Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo. Quoniam Angelis suis mandavit de te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum. Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem. *Sal XC, 9-15.*
6. Initium omnis peccati est superbia. *Eclo. X, 15.*
7. Ante ruinam exaltatur spiritus. *Prov. XVI, 18.*
8. Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion. *Sal. CXXIV, I.*
9. Dedisti laetitiam in corde meo. *Sal. IV, 8.*
10. In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me. *Sal. IV, 9.*
11. Salvos facit sperantes in se. *Sal. XVI, 7.*
12. Benedictus vir qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Et erit quasi lignum quod transplantatur super aquas, quod ad humorem mittit radices suas, et non timebit cum venerit aestus. Et erit folium ejus viride, et tempore siccitatis non erit sollicitum, nec aliquando desinet facere fructum. *Jer. XVII, 7 y 8.*
13. Maledictus homo qui confidit in homine, et point carne brachium suum, et a Domino recedit core jus. Erit enim quasi myricae in deserto... habitabit in siccitate in deserto, in terra salsugnis et inhabitabili. *Jer. XVII, 5 y 6.*
14. Quaecumque petieritis in oration credentes, accipietis. *Mt. XXI, 22.*
15. Postulet autem in fide, nihil haesitans. Qui enim haesitat, similis est fluctui maris, qui a vento movetur et circumfertur. Non ergo aestimet homo ille, quod accipiat aliquid a Domino. *Sant. I, 6 y 7.*
16. Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis. *Mc. XI, 4.*
17. Haec haesitatio non quidam tollit, sed minuit efficaciam orationis. *Christianus Pesch: Praelectiones dogmaticae, t. IX, p. 166.*
18. Ob hanc perfectionem fiduciae interdum dat Deus bonum, quod alias non daret, quia non erat ita necessarium, vel non habebat alias condiciones, propter quas ex vi solius promissionis illud dare teneretur: *Pesh, Loco citato.*
19. Itaque singularis fiducia impetrandi aliquam particularem rem desideratam est quasi promissio specialis Dei circa hanc rem. *Pesh, loco citato.*
20. Oratio efficaciam merendi habet a charitate, at vero efficaciam impetrandi a fide fiducia. *S. Tom., Quaest. LXXXIII, art. 15, ad 3.*

21. *Vita Patrum lib. VI.*

22. *Saint-Jure: De la connaissance et de l'amour de J.C., t. III, p. 27.*

23. *Sauvé, Jésus intime, t. II, p. 428.*

24. Irma. Benigna Consolata Ferrero. *Cf. Nota 19 del cap. II.*

25. *Saint-Jure: De la connaissance et de l'amour de J.C., t. III, p. 6.*

26. Dices: Ego speravi, et sum pudore affectus. Bona verba, quaeso, o homo! Ne divinae Scripturae obloquaris. Nam si pudore affectus es, ideo affectus es, quod non, ut oportuit, speraveris, ex eo quod cesseris, ex eo quod finem non expectaveris, pusillo et angusto animo fueris. Hoc enim vel maxime et sperare, quando in media mala est pericula fueris conjectus, tunc erigi. *San Juan Crisóstomo, In Psalm., CXVII.*